

El destronamiento del Rey Enrique IV en estado en los campos de Ayala.

EL REY DEPUERTO EN ESTATUA.

Atravesaba un elegante y gallardo caballero la espesa muchedumbre reunida frente al palacio del Rey don Enrique; y tanto la riqueza de su vestido como la grave apostura de su continente, demostraban el alto sentimiento de dignidad é importancia que le poseía. Abríale paso todos los cortesanos; posternábanse ante él los humildes pretendientes de los favores reales, oyéndose por do quiera las mayores alabanzas y encomios, dirigidos á favor del obsequiado valido.

—Es el Conde de Ledesma! repetían los palaciegos con admiración y respeto, y hasta algunos pöets que no le conocían parecía

que se hallaban penetrados de la mas profunda veneracion hacia el depositario de la soberana privanza. Pero el Conde apenas mostraba percibirse de semejante homenaje, recibiendo los acatamientos de aquellas miserables como un tributo justo y legitimo, por el cual en nada debia excitarse su reconocimiento ó sorpresa.

Junto á la puerta principal del palacio, habia un grupo compuesto de tres caballeros cuya traza les señalaba por personajes de alta importancia. En cuanto vieron estos que se aproximaba el Conde, dieron tregua á sus coloquios, tomando al momento sus semblantes una manifiesta expresion de rencor.

—¡Béte ahí! exclamó cautelosamente uno de los tres nidalgos. —¡Aquí está este perverso advenedizo, ese vil y abominable gusanillo!

—Silencio, señor de Benavente, respondió otro... Todavía no ha llegado el momento de mostrar nuestra indignación.

El Conde de Ledesma erguió orgullosamente la frente al acercarse á este grupo, puesto que si bien sabía que no podía prometerse de él iguales sentimientos que de los fanáticos turbas que poco antes le festejaron, enseñárale la experiencia á arrastrar el desdenoso talante de sus enemigos, pagando con usura sus insultos. Verificóse pues, una escena muy digna de llamar la atención de un observador desinteresado: el Conde y sus enemigos tomaron á cual más un apesvado aspecto de arrogancia lanzándose mutuamente ciertas miradas, en las que se pintaba sin rebozo, el recíproco odio, desden y deseo de venganza que animara á todos ellos.

—Insolente!... ¡Zarrapastroso!... ¡menguado!... barbotó el conde de Benavente ya que hubo pasado el esecrado favorito... ¿Será posible que los grandes y prelados de Castilla toleren con paciencia la dominación de este miserable?

—En efecto, respondió don Pedro Giron, Maestro de Calatrava... En efecto, es vergonzoso ya el sufrimiento con que se aguantan la insolencia y desmanes de este miserable y venturoso.

—Todo vendrá á su tiempo, razonó el Conde de Palencia: los negocios van tomando un aspecto muy favorable, y es de esperar que tanto la arrogancia de este mal llamado conde de Ledesma, como la debilidad del Rey y la escandalosa vida de la Reina, alcanzarán muy en breve la debida recompensa. Supongo que no faltareis á la reunion que hay esta noche en casa del Arzobispo de Toledo: allí están convocados todos los grandes de Castilla, y por cierto que han de tratarse asuntos de grave interés para todos nosotros.

—No faltaremos, respondieron Benavente y Giron con ahínco; y después de haberse dirigido algunas palabras más, separáronse los tres hidalgos hasta el momento de la cita convenida.

Este Conde de Ledesma, tan acatado de las turbas como aborrecido de los grandes, era hombre de baja condición, aunque no tanto como han pretendido algunos de sus enemigos. Conociósele antes de que obtuviera el título de Conde, bajo el nombre de D. Beltrán de la Cueva, y gracias á su diestra y mañosa conducta, había sabido ascender desde una posición bastante humillada, al pináculo del favor real, logrando un grado de valimiento comparable en cierto modo con el que alcanzará en el soberbio reinado, el malogrado Condestable de Castilla. Sin embargo, sólo en esto se limitaba su punto de contacto con el magnánimo D. Alvaro de Luna, puesto que D. Beltrán no poseía ninguna de las conocimientos y prendas que tanto distinguían á aquel y nunca pudiera presentar á su Soberano, ni aun remotamente, un conjunto de servicios tan esclarecidos como los prestados por el infeliz Condestable.

Todos los movimientos del de Ledesma se reducían al uso de una desmedida adulación, cuyos desconcertados halagos le valieran su elevación á confidente y ministro del Rey; y á sus atractivos personales que le captáran la benevolencia de la Reina, la cual, siguiendo los desordenados impulsos de su corazón, no había vacilado en abandonar los miramientos que debía á su honra, admitiendo en la mayor privanza al favorecido D. Beltrán.

Estos eran los cimientos de la grandeza del Conde de Ledesma, y por estos detestables servicios logró el grande y no merecido favor de que ahora gozaba. Pero lo que había mas de singular en este caso es que la rápida elevación de este privado fuese obra de aquel mismo D. Enrique que en vida de su padre, el Rey D. Juan, fué siempre apoyo de los conjurados contra las demasías de D. Alvaro de Luna, personaje incomparablemente mas merecedor y respetable, que este indigno idolo de la debilidad de un Soberano y de los vergonzosos amores de su esposa.

Sabido esto, nadie estruñará que toda la grandeza castellana estallase declarada contra el favorito, mayormente cuando muchos de los principales magnates tenían sobradísimo motivo de queja por varios agravios particulares. El Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena habían sido separados de la Real Persona para ceder su lugar á D. Beltrán, el cual acababa de ser colocado al frente de los negocios del Estado, concediéndosle el título de Conde de Ledesma y una ininidad de riquezas y distinciones.

Tenía el Rey D. Enrique una multitud de defectos, y apenas poseía algunas que otro rarísimo prenda que pudiera paliarles. Incapaz de dirigir las riendas del Estado por su excesiva indolencia y nulidad, entregóse al primero que supo halagar su espíritu, originando con su indolencia una larga serie de desgracias y trastornos en el reino cuyo gobierno le encomendáramos la providencia.

Acabósele á la sazón el alumbramiento de la Reina, la cual dió al mundo una niña, á quien se llamó Doña Juana. Pero como desde el mismo instante consideraron todos á aquella Infanta hija adoptiva de D. Beltrán, por este motivo la asignaron el fen nombre de la *Beltraneja*; bajo el cual fué conocida desde entonces. Sin embargo, á pesar de la pública voz y fama, empeñóse el Rey en hacer reconocer á

Doña Juana como heredera de su corona, cuya imprudente medida fué la señal del general levantamiento de todos los grandes y potentados del reino.

La noche no habia cerrado aun del todo, cuando una multitud de caballeros y prelados acudían ya á la cita que les fuera dada en casa del Arzobispo de Toledo. Reunidos los congregados, pronunciáronse varios discursos en los cuales el resentimiento aumentaba los fuegos de la elocuencia; sin embargo era inútil todo auxilio cuando la convicción se mostraba tan manifiesta, y ciertamente no habia necesidad de inflamar el ánimo de unos hombres agitados ya por las pasiones mas fuertes. Quizás nunca se viera una asamblea en que reinase mas armonía en punto á las intenciones; pero al propio tiempo menos conformidad con respecto al mejor modo de llevarlas á cabo. Abogaban unos por la adopción de medidas violentas; rechazaban otros este parecer, originándose de esta encontrada lucha de opiniones diversas, una confusa y turbulenta algarabía.

En este estado pareció en la sala donde se celebraba la junta un personaje de traza noble y severa, cuya presencia ejerció el saludable influjo de restablecer la tranquilidad entre los asistentes. Todos los ojos se dirigieron al punto sobre el recién llegado, quien encaminándose hacia el estrado donde se hallaba el Arzobispo de Toledo, tomó asiento á su mismo lado, con muestras de reconocida superioridad. Ahora bien, el hombre que habia operado este súbito cambio en los espíritus, era el Marqués de Villena, varón muy firme en toda España, tanto por su manifiesta ambición, como por su grande talento y saber.

Privado el Marqués del favor del Rey, merced á los manejos del Conde de Ledesma, juró eterno é inaplacable rencor á su rival, mostrándose como puede suponerse uno de los miembros mas activos de aquella temible liga. Móvil de todas las maquinaciones y tramas dirigidas contra el detestado favorito, convocara el Marqués por medio del Arzobispo la presente reunion, seguro ya de automano de la buena acogida que debía alcanzar el plan de operaciones que trataba de proponer. Llegado pues, de la convicción de su superioridad é importancia personal, dirigió al momento la palabra á los conjurados, hablándoles en los siguientes términos:

Nobles señores y amigos, ha llegado por fin el instante, no diré si feliz ó adverso, en que debemos poner en planta un proyecto, el cual hace largo tiempo que me ocupa en mis vigilias. La ciega provisión del Rey y los desmanes de su indigno favorito, erijen ya de nosotros semejante proceder. No creáis que me anime un mezquino resentimiento personal; nada de esto, tratase aquí solo del bien general de nuestra patria, bajo cuyo concepto espero que prestareis un poco de atención á mis palabras.

—¡Hablad, hablad! exclamaron unánimemente los nobles conjurados.

—Está bien, amigos míos, prosiguió el Marqués: ante todas cosas es preciso enviar al Rey una diputacion compuesta de los principales personajes del reino, para que en nombre de toda la nación le hagan presente las desgracias que le afligen, y el urgente remedio que exigen sus males, los cuales nunca podrán cesar, sin la separación de D. Beltrán de la Cueva, ahora llamado Conde de Ledesma, no sólo de los empleos que obtiene, sino tambien de la privanza del Soberano. Este será el primer punto de reclamacion. El segundo ha de ser la formal promesa del Rey, de excluir á la *Beltraneja* de la sucesión á un trono del cual la aleja la ilegitimidad de su nacimiento: si D. Enrique se empeña en negar estas dos importantes demandas, inútil será insistir acerca de otros puntos de menor cuantía, y en tal caso ya no habrá otro partido que el de negarle el uso de la potestad real.

—¿Mas cómo se logra esto? preguntó el impaciente Giron.

—Haciendo cuanto en nosotros quepa para colonar al Infante D. Alfonso en el trono de D. Enrique, respondió el de Villena con una fría sonrisa.

—¿Qué decid! exclamó el Marqués de Santillana lleno de asombro... ¿Creéis acaso que pudiera sufrir efecto una empresa tan arriesgada? ¿Acaso tomaria la nacion parte en esta estruñada rebelion?

—Esperad, esperad, amigo mío, dijo el Marqués de Villena, interrumpiendo al de Santillana... Hebeis de haceros cargo de que no estamos aquí para examinar la gravedad de los remedios, sino para buscar uno que pueda aplicarse á nuestros males. Desde luego estoy convencido de que no lograríamos nuestro intento sin tener algunos tropiezos; pero pónganse todos la mano en el pecho, y digan si puede haber situacion mas triste y dura que la que en el día oprimen á los nobles castellanos. ¿Por ventura es cuestion que tan pocos sacrificios se merezca, la de salvar nuestras vidas y fortunas, librando á la propia sazon á todo el reino de manos de un vil advenedizo, amante de una Reina sin pudor? Castellanos! esto no puede ya ignorarse. Los tiempos de la dominacion del Condestable de Luna, la fueron de gloria en comparacion de este en que vivimos; ahora bien,

si aquel grande hombre, á pesar de los servicios prestados á la nación, fué considerado digno de muerte por sus usurpaciones y excesos, ¿qué no merecerá ese vil favorito, ese azote de Castilla, ese insolente privado, oprobio del reino entero? No es posible que deliramos un solo instante empresa tan necesaria; ¡las cosas han llegado á su término, y si son impotentes nuestros medios de persuasión, no hay otro arbitrio que recurrir abiertamente á la fuerza de las armas!

El discurso del Marqués de Villena fué pronunciado con la mayor rehemencia y calor, lo que no deberá extrañarse, sabiendo ya que era el enemigo más encarnizado del favorito real. En efecto, su alma ambiciosa y arrogante no podía ver sin grave enojo los progresos que á sus espensas había hecho D. Beltrán, siendo muy natural su deseo de dar principio á una pugna que tal vez podría traerle de nuevo el perdido favor que un día le dispensara el Soberano. Pero de todos modos, aun en el caso de que D. Enrique no accediera á las reclamaciones cuya oposición había hecho á los conjurados, quedábase aun al Marqués la esperanza del entronizamiento del Infante D. Alonso, cuya gratitud por el importante servicio que le prestara colocándole en el trono, no podía serle dudoso bajo ningún aspecto.

Sin embargo, no todos los nobles conjurados participaban del egoísmo de sentimientos del Marqués. Tanto el reinado anterior como el presente pudieran haberse llamado épocas de favoritismo y caballería, y así no dejaban muchos de deplorar los males que agobiaban al Estado, deseado en lo íntimo de su corazón una reforma que pusiera coto á tales demasías. Bajo este supuesto habiendo sido aprobada la proposición de Villena, gracias al artificio con que supiera encubrir el interés personal que le animaba en este punto, nombróse en el acto la comisión que debía presentar al trono las quejas de los grandes de Castilla, Compañía el Arzobispo de Toledo, los Condes de Alba y Benavente, y algunos otros miembros influyentes del Estado; pero por lo que concierne al Marqués de Villena, tuvo la astucia de evitar todo compromiso, eludiendo el tomar parte en un acto de que era el verdadero autor.

La mañana siguiente, pasó la comisión á desempeñar el encargo que le fuera cometido, y presentándose solemnemente en palacio, explicó los motivos de su embajada con tono respetuoso aunque decisivo. Al principio se mostró el Rey indignado de la presunción de una grandeza que de tal modo intentaba dictarle leyes; pero la actitud firme y resuelta de los diputados, escitó en breve otros sentimientos en su alma débil y apocada. Manifestósele los emisarios con expresiones muy enérgicas los excesos que se cometían en la administración de justicia, y los males que sufría la nación por el despotismo vil del indigno favorito, añadiendo despues de estos lamentos, otras muchas quejas de menor importancia.

La traza intrépida y hostil de los diputados hizo entrar al reuelo Monarca en una especie de negociación, que por el momento pudo desarmar á los descontentos. Con este objeto declaró que tomaría muy en cuenta los artículos que se le habian espuesto, resultando despues de las conferencias habidas entre las dos partes, un convenio en que se estipulaba que el Rey pudiese en libertad á los Infantes don Alfonso y doña Isabel; que el primero sería reconocido heredero del trono, pero bajo la condición de casarse con la Infanta doña Juana llamada la *Beltraneja*, luego que esta hubiese llegado á una edad propiada; y por último, que sería separado el Conde de Ledesma del alto destino que ocupaba en palacio.

Desde este instante pareció que iba á establecerse una perfecta armonía entre el Rey y la grandeza. El Infante D. Alfonso salió de su prisión sin pérdida de momento, realizándose de este modo la primera parte de lo pactado; pero no se mostró el Rey tan celoso en el cumplimiento de los demás puntos del convenio. Fuéle este arrancado por la imperiosa ley de la necesidad, y ya que se había conjurado la borrasca, halagábase el engañoso pensamiento de poder salir impunemente á sus empeños. Así pues, el Conde de Ledesma no fué removido, y su administración se hizo aun si cabe mas dura y escandalosa que antes, oriñándose con sus excesivos hermanos, nuevo encono en los ánimos, por desgracia ya sobradamente irritados.

A la sazón tomó la liga de la grandeza un aspecto mas imponente y hostil, pues exasperados todos con la falta de palabra del Rey, y plenamente convencidos de que el de Ledesma únicamente podía ser derrocado por fuerza de armas, trataron de recurrir á este partido estremo, para deshacerse de una vez del insolente privado.

En estas coyunturas estableció el Marqués de Villena una secreta negociación con el Infante D. Alfonso, á quien se quería obligar á aceptar la corona de Castilla, que todos los grandes del reino trataban de adjudicarle.

—¿Y qué puede conteneros? decía al Infante el de Villena... ¿Ignoráis que esta voz de una nación ultrajada, la que os llama á un trono hoy día mancillado? Aceptad, señor, nuestra proposición, y todos los castellanos sin distinción de jerarquías ó clases, bendecirán un suceso tan glorioso y placentero.

Contenido por fin D. Alfonso, dió muestras de aceptar, aunque con bastante repugnancia, la corona que se le ofrecía. Sabido es cuán raras veces suelen resistir á sus halagos los mismos lazos del mas estrecho parentesco; pero si hubo nunca rebelión que tuviese visos de legitimidad, fué sin duda alguna la que ahora se tramaba. Muchos de los conjurados se hallaban realmente animados de un sincero y verdadero patriotismo, puesto que no todos participaban de las ambiciosas cuanto interesadas miras del marqués de Villena y de sus personalmente agraviados.

Advertidos los de la liga del buen resultado que obtuvieran las instancias de Villena para con el Infante, desahucaron ya todo miramiento, declarándose á la faz del día contra el Rey y su favorito. La lista de los conjurados había aumentado de tal modo, que apenas podía citarse un solo nombre de influencia ó consideración que no estuviera en ella comprendido. Los espíritus estaban muy irritados, tanto por los excesos de este reinado, como tambien por los cometidos en el anterior; pero había llegado ya el momento de estallar la indignación general, y la corona del Rey de Castilla vacilaba sobre sus débiles sienes. Sin embargo, como á pesar de la reconocida firmeza moral del Rey, era de suponer que haría este alguna resistencia antes de abandonar su diadema, quedó acordado que se procedería inmediatamente á su solemne deposición, en vez de contentarse con vanas y estériles declamaciones.

Bajo este supuesto se convocó una asamblea general de la nación, la que debía tener efecto en las llanuras de Avila, invitándose especialmente para su asistencia á todos los prelados y personajes de valimiento del reino. Al mismo tiempo se levantó con gran presteza un cuerpo de tropas formado de los descontentos y sus parciales, cuyas providencias ya tomadas, tratóse de llevar á cabo el plan antes concertado.

Levantóse un inmenso catafalco junto á la ciudad de Avila, y en él se colocó un maguillo tronco, suntuosamente adornado y decorado con las armas de Castilla, á imitación del verdadero tronco de don Enrique. Encima fué colocada una estátua que representaba á este Monarca, vestido con el manto real, y ceñida la corona. En sus manos tenia la espada de la justicia y el cetro soberano, quedando representados cual convenia todos los demás atributos de la régia potestad. Rodeaba por fin á este aparato una numerosa tropa de soldados, entre cuyas filas ondeaba el pendón de Castilla luciendo ademas las particulares divisas de los nobles conjurados.

Habiase reunido una inmensa multitud para presenciar el espectáculo que iba á ofrecerse. Circulaban por todos los corrillos propósitos muy extravagantes con respecto al desenlace de aquella escena; pero todos se estrababan de que no figurase tambien la imagen del odiado D. Beltrán, cabe á la de su soberano protector. Llegada por último la hora de la cita, reuniéronse los conjurados, entre los cuales figuraba el Infante D. Alfonso, y al son de mil bellosos instrumentos salieron de la Iglesia en donde habian asistido á los officios divinos, dirigiéndose con grande acompañamiento hacia el lugar de la ceremonia. Engrósabase á cada paso el número de espectadores, demostrando todos con sus alegres gritos, la simpatía que les causaba el acto que iba ya á consumarse.

En cuanto hubieron llegado los confederados al lugar donde estaba erigido el catafalco, subieron en él el Arzobispo de Toledo y otros prelados, igualmente que los Condes de Palencia y Benavente y otros magnates de valla, con gran número de heraldos y alguaciles. Los demas caballeros se colocaron espada en mano alrededor del tablado, poniéndose á cierta distancia los soldados, con objeto de contener á la inmensa muchedumbre que ocupaba toda la llanada. Entónces tocaron los clarines y abales cual para llamar la atención de la asamblea, y habiendo sucedido un profundo silencio, presentóse un pregonero, quien desde lo alto del estrado comenzó la lectura de las quejas que se elevarán contra el Rey, y la consecuen-te sentencia de su deposición.

—¡Castellanos, exclamó con fuerte voz, grandes prelados, ricos hombres, hidalgos y plebeyos de Castilla!... ¡Escuchad, atended todos la declaración que voy á haceros!... El Rey D. Enrique IV de Castilla se ha hecho indigno de la corona que deshonra con sus crímenes, en cuya vista place á Dios por la empresa de quantos se hallan animados del noble deseo de mantener la prosperidad del reino, que sea depuesto del elevado puesto que tan mal sabe ocupar. Primeramente dicho rey es indigno de ceñir una corona cuyo peso no puede resistir, puesto que es el funesto D. Beltrán de la Cueva, hoy día Conde de Ledesma, quien en su vez gobierna y oprime con su tiránico despotismo á esta nación desventurada. Ahora bien, ya que el Rey no puede aguantar el peso de la diadema, es muy justo que sea colocada en una frente mas capaz de poderla ceñir... ¡Cuya pues la corona de Castilla de las sienes del Rey D. Enrique!

Aquí se detuvo el pregonero, y acercándose en tanto el Arzobispo de Toledo á la imagen del Rey, quitéle la corona de la cabeza, al

estrepitoso son de los aplausos de la muchedumbre. El Prelado volvió después al lugar que antes ocupaba, é inmediatamente prosiguió su lectura el pregonero.

—En segundo punto, el Rey D. Enrique de Castilla no merece llevar la espada de la justicia, puesto que tanto descuida su renta y cabal administración, permitiendo que los apasionados sentimientos de algunos hombres venales la ejerzan con mengua del honor é interés común de todo el reino.... Ahora bien, ya que el Rey no sabe dirigir la administración de este importante ramo, es muy justo que pase esta espada á otra persona que sea mas digna de llevarla.... ¡Pierda pues este emblema de la justicia, el señor Rey D. Enrique el cuarto!

El pregonero volvió á guardar silencio: entonces se levantó el Conde de Palencia, y dirigiéndose á la estólita, arrancó con muestras de indignación la espada que tenía en una mano. Nuevamente resonaron los aplausos de los espectadores, y restablecido ya el silencio, continuó el pregonero del modo siguiente:

—En tercer lugar, el actual Rey de Castilla es indigno de empuñar el cetro, puesto que su flaqueza, prodigalidad é indolencia se avienen mal con las prerogativas que deben distinguir á todo Príncipe.... Quitese pues al Rey D. Enrique un cetro que tan mal sabe regir!

El Conde de Benavente imitó el ejemplo de los dos magnates que le precedían, y arrojando á la estólita, arrancó el cetro que llevaba en la otra mano. Luego que hubo cesado el tumulto de las turbas concluyó el pregonero su lectura hablando del modo siguiente:

—Por último el Rey D. Enrique de Castilla no es merecedor de sentarse en un trono cuyo lustre tanto ha manchado con sus vicios y torpezas. Tampoco puede permitir Dios, que lo ocupe una Princesa ilegítima, vergüenza y oprobio de la majestad real. Ahora bien, siendo su verdadero heredero y sucesor el nobilísimo Infante D. Alfonso, es muy justo que ascienda este al trono que aquel ha perdido, y del cual ahora será vilmente arrojado!

Al momento se ejecutó este extremo, pues apoderándose D. Diego Lopez de Zuñiga de la estólita real, arrojóla con gran fuerza á los pies del trono. Al mismo tiempo fué mostrado al público el Infante, y á las voces de: Castilla! Castilla por el Rey D. Alfonso fué inaugurado en el propio sitial que antes ocupara el destituido Infante de D. Enrique, por entre universales gritos de aclamacion y alegría.

Acto continuo prestaron homenaje al Infante en calidad de Rey todos los grandes congregados, incluso tambien el marqués de Villena; y habiendo montado después D. Alfonso en un hermoso caballo blanco, ricamente enjaezado, dióse á recorrer las principales plazas de Avila, escoltado de todos sus parciales y de una regocijada y numerosa muchedumbre.

Luego que llegó á noticia de D. Enrique este acto de tan inaudita audacia por parte de sus grandes, pareció salir de su natural apatía, llevado del ardiente deseo de reprimir aquel desmán. Afirmáronle en esta resolución los consejos de D. Beltran, y persistiendo mas que nunca en su propósito de legar el trono á la *Beltraneja*, reunió un numeroso cuerpo de ejército con objeto de oponerse á los confederados.

Después de una serie de operaciones militares bastante acuradas, dieron vista los realistas á las huestes del Infante junto á Olmedo, y allí fueron estas completamente derrotadas. Pero no decayó el ánimo de los descontentos con tan terrible revés, ni aun con la insigne desgracia que poco después sufrió su bando con la pérdida del Infante D. Alfonso, el cual falleció al cabo de muy poco tiempo después de su mentada coronación. Persuadidos los conjurados de que los derechos del difunto Infante habian pasado á su hermana Doña Isabel, dirijieron una solemne diputación á esta Princesa, rogándola que aceptase la corona de Castilla; pero doña Isabel se negó á sus pretensiones, con grave sorpresa y disgusto de los confederados.

—¿Es posible, señores, exclamó la Infanta, es posible que olvideis de tal modo vuestros deberes, hasta llegar al estremo de proponerme la usurpacion de la corona de Castilla? Sabed que mientras viva D. Enrique, nunca podré dar mi apoyo á ningun proyecto contrario á sus derechos soberanos. Cuando haya muerto el Rey, será ya caso muy distinto; solo entonces consentiré en reclamar el trono, que en efecto me pertenecerá de derecho.

Esta manifestacion decidió á los conjurados á que depusieran las armas, entrando en negociaciones con el Rey para que reconociese por heredera del reino á la Infanta doña Isabel. Felizmente se realizaron estos deseos, y habiéndose proclamado un olvido general de todo lo pasado, volvieron á prestar juramento de fidelidad al Rey todos aquellos que habian abrazado el partido de la rebelion, comenzando desde entonces una época de aparente paz y concordia, entre el Príncipe y sus vasallos.

No hay por qué enojar el furor de la Reina y del caído Conde de Ledesma, cuyos intereses quedaron tan perjudicados con esta reconciliacion. Pero la mala suerte de Castilla quiso que ya que los grandes se vieron libres del hurto que los inspiraba el detestado fa-

vorito, comenzaron á cobrar celos de la pujanza que adquiria uno de sus mismos aliados, el famoso Marqués de Villena, oriúndose de esta rivalidad nuevas maquinaciones é intrigas, contrarias siempre al reposo y prosperidad de la nacion.

Poco tiempo después de estos sucesos murió en Segovia el Rey D. Enrique, quien antes de espirar permitió que le visitaran la Infanta doña Isabel y su esposo el Rey D. Fernando de Aragon; pero como si quisiera dar Enrique otra muestra de la singular inconstancia que le caracterizaba, declaró con general sorpresa, heredera del trono á la *Beltraneja*.

Fué D. Enrique IV el último descendiente masculino del célebre Enrique de Trastámara. A pesar de los esfuerzos con que algunos apologistas han querido vindicar su memoria, proclamándole Príncipe manso y piadoso, no es posible disimular los graves daños que trajo al reino su excesiva indolencia, causa principal de las escandalosas escenas que alteraron con tanta frecuencia la tranquilidad y sosiego de Castilla.

LA CASACA DEL TOJA.

Acababa de tornar á mi pueblo natal después de algunos años de ausencia. Los azares de una revolución me habian arrojado de sus muros, y las huracanes de otra me habian vuelto á traer; así como las tempestades lanzan del puerto al buque en el anclado, para traerle de nuevo en brazos de las olas y precipitarle sobre sus muelles, roto y desmantelado, sin timon y sin jarcias.

Accionado desde mis primeros años al estudio de la naturaleza, de ese inmenso libro que nunca se acaba de leer ni de descifrar, como todas las obras que salen de la mano de la Providencia, entretenime una tarde en relatar á uno de mis mas fieles y antiguos amigos, las bellas escenas que en el curso de mis peregrinaciones habia admirado y aplaudido. Nos ocupábamos de la cascada de Gaveray, que á semejanza de los artísticos surtidores que adornan los vistosos jardines de Aranjuez, brota y se desata por entre los precipicios de los gigantescos Pirineos. Aturádamme de la prodigiosa elevacion de su caída, y de la magestad que despiden sus aguas, formando un abanico de espuma al derribarse, me atrevia á llamarla la reina de esos espléndidos y sorprendentes saltos de lluvia que decoran nuestro globo, desde el Niágara hasta el Nilo.

Mi amigo me dejaba hablar. Se entretenia en ver cómo la imaginacion aglomeraba sobre la paleta de mis labios las mas severas entre las mas risueñas tintas. La memoria de la cascada de Gaveray prestaba á mi lengua, naturalmente torpe, inspiracion, verbosidad y poesia. Pero, no bien habia concluido de hablar, cuando exclamó:

—Voy á pagar pintura por pintura, cuadro por cuadro, imagen por imagen; solo que lo que tú me ofreces es una hoja arrancada de un souvenir de viaje, y lo que yo le prometí es un lienzo que hemos de ir á contemplar mañana á un museo que tiene por galerias todo el universo, á la divinidad por su dueño y por guardianes el santo respeto que inspira la solemnidad de sus maravillas.

Dicho y hecho. A la mañana siguiente montábamnos á caballo en el campo de la Estrella de la ciudad de Santiago, punto de partida de nuestra expedicion improvisada. Cojimos las riendas, apretamos los bixares á nuestros potros y nos dirigimos hácia las corrientes del Ulla.

La variedad es la belleza de Galicia, pais formado por las mil ramificaciones de las montañas que elevó la mano de Dios para servir de dique al Océano occidental. Sus valles, generalmente de corta extension, succedense con asombrosa rapidéz ante los ojos del viajero. Conidos por la sombría faja de los montes bastan algunos pasos para cambiar el cuadro mas triste en la mas halagüeña perspectiva, y una colina, una simple roca operan á veces este cambio prodigioso.

Al ver cómo aparecen en continuada alternativa las blanqueadas moles de granito, las espesas selvas y los profundos valles que contienen una vegetacion rica y variada, creíase uno transportado á la pintoresca Suiza, y se detiene, mal en grado, para contemplar desde el borde de un precipicio un pueblo laborioso que habita en su fondo, sobre una alfombra de verdura; y para oír el rumor acompañado de sus instrumentos de labranza y el ven melancólico de su cañal que trae el viento en desiguales ondulaciones.

Mas adelante desaparece todo; á la floreciente campiña reemplaza una llanura árida; y al murmullo del lejano cantar, el ruido monótono del torrente, ni la elegante forma del americano maíz que mece en la estremidad su panaja dorada; fíjase la planta en un suelo desmenzable, y la vista en un horizonte desnudo sobre el cual asoma como el crater de un volcan antiguo, el circular oratorio de los celos, en donde un tiempo resonaban las plegarias de la multitud.



Cascada del Toja, Galicia.

y hay solo se escucha el susurro del insecto que pasa rozando la amarilla flor del Toja ó la roja campanilla del brezo.

Tal es Galicia, la verde Eria de España, con sus montañas y sus valles, sus grutas sombrías, sus bosques poblados de fantasmas, y sus hombres valientes y superficiales que llevan todavía en el rostro el tipo de las razas del norte, y en las cantares su melancólico recuerdo.

No es en las espaciosas llanuras de uniforme vegetación, donde se revela el carácter peculiar del suelo gallego, sino en las situaciones de imponente sublimidad que agobian el ánimo bajo el peso de reiteradas y opuestas impresiones.

Desde los elevados picos de Ancares, cubiertos de nieve una gran parte del año, hasta las templadas orillas del océano pobladas de vid y de naranjos, la extraordinaria desigualdad del terreno ha multiplicado estos cuadros sublimes de que la pluma solo puede dar una ligera idea. Vese á veces una elevada montaña, cuya pendiente rápida, cubierta de redundantes peñascos asemeja una cascada de granito: algunos caídos en el fondo se esparcen aquí y allá, mientras otros medio inclinados en una inmensa altura, tan solo esperan la mas ligera conmoción para precipitarse. Optímese entonces el corazón aterrado al descubrir al pie de la montaña algunas débiles casas, en donde se canta y se ríe y se duerme tranquilamente bajo la gigantesca mole, casi suspendida en el espacio, midiendo su seguridad por cada año que transcurre y sin reflexionar que cada día, cada hora, cada minuto quizá arrebatado al abismo una arena de su base. Son como el fragil nido de la abubilla formado en el lecho seco de un torrente, que cuando retumba el trueno será arrebatado por las aguas de la tempestad.

Allí, á su presencia, ante estos contrastes imponentes que fatigan la imaginación presentando la inmovilidad al lado del movimiento mas rápido, el silencio perturbado por el estruendo mas espantoso, la tranquilidad bajo el peligro mas inminente, allí es donde el pensamiento se niega á la realidad y llega á poner en duda su misma existencia.

Había ya cuatro horas que estábamos andando. Todo cuanto acabo de decir cruzaba por nuestros mentes, todo cuanto acabo de trazar se iba desplegando, como un vistoso panorama, á nuestro frente y costados.

Nos halláremos á cinco leguas al S. E. de Santiago. Aun ignoraba el objeto de nuestra dirección. Mi amigo observó en mi semblan-

te la interrogacion de la ansiedad, y se apresuró á satisfacerme. —Vamos á ver la cascada del Toja.

Quedé sorprendido. Soy galiciano y jamás habia oido hablar de semejante espectáculo.

Y sin embargo entre los varios puntos que mas merecen llamar la atención del viajero, ninguno de una magnificencia mas salvaje que la cascada del Toja. Situada á dos leguas mas arriba de la confluencia del Deza y del Ulla, siguiendo la corriente del primero, y en el centro de un pais quebrado y lejano de toda poblacion, quizá á esto debe el ser casi desconocida tan imponente perspectiva.

Nace el Toja en la montaña de Candás en el punto en donde este estribo poderoso se aparta de la Cordillera. Formada por los arroyos que salen por entre las grietas del granito ó las concientas capas del gneis, y aumentado por las vertientes de los montes de Gestoso que le dominan al oeste, desciende á la fértil parroquia de Grava, y corre hácia el norte, atravesando el pais de Trasdeza en direccion al Ulla, á cuya región hidrográfica pertenece.

A cada paso se hace el terreno mas pintoresco. Desfilase el rio oculto y silencioso bajo la entretejida rama de los sauces, ó la sombría bóveda de los sotos de castaños; ó bien aparecen ceñidas sus orillas de estensas praderas, en donde alterna, como en un vistoso mosaico, la verde yerba, el pétalo rojo de la digital y la flor blanca y amarilla de las radiadas. Los campos cubiertos de lío, se extienden á uno y otro lado, como altombras de terciopelo; embalsámase el aire con el olor de la madre-selva y algunas chezas esparcidas á uno y otro lado, dejan ver sus techos rojizos por entre las hojas de los frutales. Por último, allá en el occidente, sobre una considerable altura, aquel bulto que parece una roca es la capilla de San Sebastian de Meda, que da nombre á la montaña y corona este cuadro.

Mas adelante, dos cadenas de montes poco elevados avanzan hácia el rio y estrechan su cauce. La de la derecha divide sus aguas de las del Deza, que corre á corta distancia en un lecho mucho mas profundo, y la de la izquierda termina en la espaciosa meseta del Campo-marzo.

Este monte cubierto de una tierra rojiza, y coronado de una llanura esteril, parece esender su influencia nociva á todo cuanto le rodea. Al llegar á su pie, el rio se desvía de sus adornos de flores, y sus aguas chocando con una enorme peña, penetran por varias grietas que ha abierto su incesante roce. Aquella peña se llama el Molino del Moro. Entró el ruido del agua que se desliza debajo de

la roca, el oído atento cree percibir el rumor de una rueda de molino, y la superstición supone en aquel punto la existencia de un molino subterráneo.

Allí el país se vuelve repentinamente áspero y agreste. Desde los bordes del Toja se descubren las laderas de la meseta de Campo-marzo, erizadas de enormes grupos de rocas angulosas y oscuras que se esparcen también por la pendiente, como los restos de una escalera de gigantes. El río corre difícilmente entre trozos de hermosa y pulimentada serpentina, y recibe algunas fuentejillas, cuyas aguas, cargadas de partículas de hierro y de azufre, brotan por lasendiduras, tapizadas de cristal de roca, y bajan enlamezando.

Al llegar á este punto, se nos hizo el terreno intransitable y nos vimos precisados á abandonar la orilla, subiendo un poco la pendiente del Campo-marzo, y perdiendo de vista al río que gira hacia la derecha para costear un estrito del mismo monte.

Después de atravesar una dilatada arboleda de castaños, el ruido del río que no ha cesado un momento de oírse bastante próximo, se convierte de pronto en un rumor sordo, como un trueno lejano, que parece salir de una profundidad espantosa.

Allí está la cascada; pero la escabrosidad del terreno, y las malezas que crecen por todas partes, no permiten aproximarse y, sobre todo para disfrutar del lujo de su grandeza, es preciso descender hasta su pie.

Poco á poco se desvanecen el ruido, y un silencio sepulcral le sucede, silencio que solo interrumpe el movimiento de las hojas; pero al terminar la arboleda, otro cuadro sorprendente é inesperado, se desenvuelve, como por arte mágica, ante nuestros ojos. Nos hallamos casi en la cumbre de una montaña, y en frente de otras dos separadas por un estrecho pero profundo espacio; y allí en el fondo á una prodigiosa distancia, descubrimos tres fajas de agua copiosas que se localizan en el intermedio de las tres montañas, y dejan llegar al oído un susurro casi imperceptible. La que corre á nuestros pies es el Toja, la que por el frente ciñe una montaña desnuda de vegetación es el Deza, confundándose los dos ríos para formar juntas el brazo que se dirige á la izquierda y lleva sus aguas al Ulla en el pintoresco valle de Cira.

Para bajar al fondo de aquellos precipicios fuémos forzosos alejarnos un poco de la cascada. A la derecha hay un sendero que baja serpenteando por entre los peñascos de granito; pero un suelo que se desmorona bajo los pies en una pendiente casi vertical, á más de trescientos pies de elevación, nos ofrecía demasiado peligro para que no prefiriésemos seguir otro camino más ancho, que aunque obligándonos á dar largos rodeos, nos permitía llegar á caballo hasta corta distancia de la orilla. Sin embargo, nos apeguamos y tomamos esta última dirección, también bastante estrecha y desigual y cortada á cada paso por los arroyos que penetran por la garganta de las montañas.

El ruido sordo en un principio, como el zumbido de una legión de tábanos, aumenta rápidamente á medida que nos vamos aproximando. Cada paso nos trae mayores oleadas de agreste y pavorosa armonía. De repente hiera nuestra retina una mancha blanca, como la cresta de una montaña nevada; es el principio de la catarata, mientras que el resto permanece todavía oculto detrás de un enorme grupo de peñas que avanza brevemente desde la orilla izquierda; mas al traspasar este grupo, operación que llevamos á cabo, casi á la carrera, es cuando se presenta con toda su majestad y hermosura el imponente espectáculo de la cascada del Toja.

¡Oh! no hay palabras en el pensamiento, no hay colores en ninguna lengua del mundo, no hay líneas bastantes en la geometría que lleguen á retratar un conjunto tan perfecto de grandeza y sublimidad. No es el imponente estruendo de las aguas, no es el espectáculo de aquellas gigantescas columnas de granito, no es aquella disforme mancha de espuma que se desgarra por el espacio, como si fuera el horrible resoplido de uno de los disformes cetáceos antediluvianos, no es el contraste de aquellos cascillos de verdura, aquí y allí esparcidos, como un manijo de flores derramado sobre la tumba de los héroes fúlbros que yacen enterrados bajo el Pelón y el Osa, no es ninguno de estos detalles lo que absorbe el ánimo, y hace embaucar los labios; es el todo, es ese vapor que despiden los espectaculosos santuosos de la naturaleza, y que como la respiración del azo, producen en nosotros esos deleites que recorren el cerebro, pero que sugieren al corazón.

Estrechado el Toja por las montañas, entorpecido su curso por los peñascos, se lanza con furia contra estos obstáculos. Sus aguas se confunden, avanzan y retroceden, y ya giran en las oscuras concavidades de las rocas, ya resbalan por una superficie desigual blanca y lustrosa. De pronto falta el lecho del río, y éste se precipita desde una altura de sesenta pies.

Imposible es explicar la impresión de profunda melancolía que se siente en aquel lugar. A la derecha grupos estranos y caprichosos

de rocas húmedas y ennegrecidas se adelantan, apoyándose unas sobre otras, como si fueran las ruinas del Pandemonium de Milton; á la izquierda una pared elevadísima deja ver entre sus grietas algunos arbustos que se sostienen con trabajo y asemejan la yedra de aquel mundo de la naturaleza, y á dos tercios de la altura de esta pared, una peña saliente sostiene una pirámide de rocas que parece levantada por la mano del hombre.

En el fondo de aquel abismo sombrío sobre cuyos bordes parece apoyarse la bóveda del cielo, ante aquella masa de espuma que se desprende como una masa atronadora, apodérase del alma una sensación de vaga é indefinible tristeza, que perturba la razón y confunde todos los objetos.

Agrépanse entonces en la mente todos los recuerdos de la vida que han conmovido alguna de las fibras de nuestro ser, y las amargas meditacioneras que borran el pasado y el presente, para reducir á un solo punto, ante la duración de los siglos, el relámpago de nuestra existencia.

Desde que una fuerza poderosa rasgó aquellas montañas pasaron las generaciones, empujándose unas á otras, como aquellos copos de espuma, para precipitarse en el abismo de la nada, á presencia de aquellas rocas duras inmoviles y eternas para el hombre, pero dlecanables también y perecederas ante la eternidad del tiempo.

La cascada del Toja presenta un aspecto muy diferente, según la estación en que se observa.

Si se aprovecha uno de esos alegres días que suceden á las lluvias copiosas tan frecuentes en el país durante el invierno, lo que se siente no es una impresión de tierna melancolía, sino de terror y de disgusto inexplicable.

Entonces el ruido es tanto más violento cuanto que el Toja, triplicado el caudal de sus aguas, cubre las peñas que se oponen á su curso, y se desliza silencioso hasta el momento en que se desploma. Entonces tampoco se desprende verticalmente, doblándose como una cinta de gasa blanca, sino que se lanza con furor, describiendo una curva, como el inmenso chorro de una fuente prodigiosa.

Para admirarla bajo esta nueva forma, es preciso cubrirse perfectamente y resolverse á entrar en una atmósfera húmeda y penetrante. Conforme se adelanta el observador por el sendero que conduce al fondo, trae el viento á su rostro algunas gotas que cubren también sus ropas, como el rocío, y que al llegar al grupo de peñas que oculta la cascada, se convierten en una lluvia menuda y copiosísima. Allí se vuelve el cielo de un color ceniciento, una densa niebla llena aquel recinto y cubre todos los objetos, y de su centro sale aquel estruendo horrisono que ensordece y atemoriza.

De tiempo en tiempo, violentas ráfagas, producidas por el descenso del agua, azotan la cara; á su impulso se vé girar circularmente aquella gran mole de niebla, romperse, dispersarse por entre los precipicios, y salir en fin, formando espirales por la boca del abismo, como la columna de humo de un volcan, para volver á caer, convertida en lluvia.

Hay un momento entonces en que por entre los densos torbellinos de niebla se percibe como una cortina negra el agua de la cascada y los peñascos que vierten por sus ángulos la incessante lluvia que reciben.

El estruendo, la oscuridad y el conjunto sombrío de aquellos objetos medio velados, producen en el cerebro del espectador un vértigo tal, que como entregado á un sueño pavoroso, ó al delirio de una fiebre ardiente, cree ver estremecerse las rocas sobre sus bases, y oír cómo forcejea y se aumenta el ruido de las aguas, cual si se conjurasen para inundar el valle y arrebatarse á él, átomo imperceptible de entre aquella inmensidad.

Este espectáculo solo se goza un momento. La lluvia que penetra y empapa los vestidos, así como el deseo de respirar con libertad, obligan bien pronto á retirarse. A pocos pasos se vuelve á ver el limpio azul del cielo, y un hermoso arco iris terrestre que apoya en los peñascos los extremos de su semicírculo de colores, nueva munición paz para el alma fatigada de tan terribles sensaciones.

Hasta hace algunos años ninguna señal revelaba allí la presencia de un ser humano; hoy crecen los árboles sobre una pradera esmaltada de flores; trepa la vid por los emparrados rústicos, y desaparece el sendero bajo las flexibles ramas del mimbre; una choza rústica completa el monstruoso contraste y la llana variedad del paisaje. La mano del hombre há penetrado ya en aquellas soledades.

Tal es la cascada del Toja. Al Sr. D. Antonio de Valenzuela Guerrero, mi ilustrado cicerone, y uno de los mas inteligentes mineralogistas de Galicia, debe el país el descubrimiento y la publicidad de este cuadro sublime de la naturaleza, y mi amistad el recuerdo indelible de su sublime perspectiva.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

I.

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo y el ségundo desde que, por abdicación del malogrado monarca Tulga, reinaba el octogenario Flavio Quindasvinto en España, fueron llamados á Toledo, ya con una ya con otra razón plausible, casi todos los duques y condes gobernadores de las provincias. Uno fué el duque de Froya, varón de escelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la antigua provincia Cartaginense.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces á varios en su pretorio, y avistándose otras veces solo con uno: el último de todos fué el duque de Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato y paseó lentamente la sala como quien se dispone para discutir sobre un importante negocio: el gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba á tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, díjole á Froya diciéndole sencillamente: lee esa carta y dime tu voto.

Desarrollóla el duque y leyó en alta voz. «Al gloriosísimo señor Nuestro Rey Flavio Quindasvinto, su mínimo siervo el obispo de Zaragoza Braulio, juntamente con los presbíteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente:»

«Aquel en cuya mano posan los corazones de los Reyes, aquel además lo gobierna todo, según nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de superiores, será también una de las inspiraciones del cielo. Oid pues de buen talento, beatísimo príncipe, las súplicas que vuestros subordinados con leal intención os dirijen solicitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y alineo natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, escusando peligrosos accidentes, recordamos las pasadas revueltas y páramos la atención en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropelías hechas á mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celestial, nos habíais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habéis imperado; atendiendo al porvenir de la patria; dudosos entre la esperanza y el recelo, pero venidos al cabo por la confianza; hemos resuelto pedir: lo que consideramos como lo mas hacedero y conveniente hoy á vuestra quietud y á vuestras circunstancias; á saber, que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y á nosotros por Rey y Señor, á Recesvinto vuestro hijo y súbdito que se halla en la edad mas propia para sublevar las incomodidades de la guerra, ser nuestra defensa y vuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos, y asegurar á los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Mas contenía la carta; pero el soberano interrumpió aquí la lectura, diciendo á Froya:

—Eso me propone el prelado mas ilustre del reino por su santidad y su ciencia: los demas obispos siguen ó seguirán su dictamen: á él se inclina tambien gran parte de los gobernadores y próceres; á mí sin rebozo qué te parece el proyecto.

—Mal, respondió secamente Froya.

—Sin embargo, siendo efectiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado Rey el hijo del que reja que cualquiera otro varón de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de padre á hijo. Al gran Leovigildo sucedió su hijo el católico Recaredo.

—Pero se urdió contra él una conjuración de que se salvó por milagro.

—Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Llova.

—Á los dos años le mató Viterico.

—Recaredo el segundo fué tambien exaltado al trono de su padre Sisabuto.

—Recaredo el segundo falleció á los tres meses de su coronación. A Sulistia, que se usó su hijo Recemiro, le depositamos y arrojamus de España; y al pobre Tulga, sucesor de su padre Chantia, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos á renunciar, á enterrarse en un monasterio,.... y á morir.

—No se dejaria destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble y Recesvinto es muy hombre: no temo por él. Pero todavia no me has dicho si la oposicion á mi proyecto nace de que te desagrada la persona ó el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, ó te desagrada Recesvinto para Rey?

—Creen que no gobernará bien Recesvinto.

—¿Por qué?

—Yo no acuso á nadie sino cara á cara: si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

—Al momento.

Llegó el Rey á una puerla con mas prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz que retumbó por las alas bñredas, llamó á los esclavos para que avisaran al príncipe. Un instante despues se presentó en la sala el régio candidato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aun la lozanía de la juventud mas floreciente; su rostro menós regular y magestuoso qué el de su padre, tenía cierta expresion de noble dulzura que cautivaba: su estatura era alta, sus ademanes naturalmente medidos, la robustez del cuerpo mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Quindasvinto, su hijo lucia poco; y á pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno á él: inspiraba el gobernador repugnancia, el monarca susto, el príncipe amor.

Froya va á acusarle (prorumpió el anciano clavando su mirada de linco en su hijo y sentándose bruscamente en una silla): oye y responde.

—Diga Froya pues, respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose en frente de su padre.

—Dime primero tú, replicó el duque poniéndose á la derecha del Rey, lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

—En el momento que yo reino, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos nuestros antecesores conquistaron la España, se apropiaron dos terceras partes del territorio y dejaron una sola para los naturales: apartáronlos de los cargos millares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta á los honores, prohibiendo con rigurosas penas que pudiera casarse godo con española ni española con godo. Este plan de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido, pudo ser justo en su origen, y aun indispensable, porque existia entre ambos entonces el muro de separacion mas fuerte, la diferencia de fé: los godos eran arianos y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino, desde que la raza señora se hizo por el vínculo de la religion hermana de la raza sometida ¿qué razon hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana politica están llamados á unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la Peninsula levantando del suelo á la raza española, devolviéndole su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

—¿Cómo! exclamó el Rey, acaso con mas admiracion que disgusto.

—Ya lo oyes, repuso Froya: tu hijo no quiere que haya distincion de clases en España: no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores y nuestro valor nos ha conservado: quiere que nuestra noble sangre, huela ahora pura, se contamina y pierda su brío, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginense y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de union, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse á sí propios, están destinados á arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se los traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza que puso el pie sobre la cerviz de la aldiva Roma: yo quiero que los españoles sean esclavos, porque solo viven para eso, porque no han sabido nunca ser libres: lo que pretendes confundir lo que por el comun provecho deba estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Quindasvinto.

—Doceientos años, contestó friamente el príncipe, necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece á Froya cobarde una nacion captar de tan porfada resistencia? Nuestros abuelos eran arianos, y nosotros profesamos el culto católico: ¿le parece á Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religion al pueblo que le manda? Si los españoles venian poro al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrompidos señores que tenían; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan locuto nombre. Si ahora los españoles no valen más, créame Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun así los ingenios apocretos que entre ellos se crían, se refugián ins-

tiativamente en torno de las aras: desde allí su saber y sus virtudes los elevan á las cátedras episcopales, y de estas nos vemos precisados á traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en el palacio por la puerta del templo: franqueámosles tambien las del valor y de la virtud. Si tú, Froya, hubieses penetrado como yo en el hogar doméstico de los españoles: si hubieras visto cómo yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias....!

—Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.

Violenta impresion produjo aquel nombre en el semblante del soberano y del pretendiente á la soberanía.

¿Quién es esa mujer? preguntó el Rey baltuciente de ira y con los ojos hechos centellas. ¿Quién es esa mujer, repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso no acertaba á contestarla. Froya, erguida la cabeza en ademán de triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto á descubrir del todo el misterio que habían dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin después de unos momentos de agitacion y duda.

Floriana es mi esposa.

—¿Una española! El hijo del monarca dando el ejemplo de desobediencia á las leyes!

—Cuando Recesvinto conoció á esa joven, repuso Froya, no eras tú nuestro Rey todavía.

—De todas maneras....

—De todas maneras, el amor de Recesvinto á su esposa es la causa única, es el solo móvil que le induce á desear una revolucion que traslucra el Estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degenera en hereditaria, me opongo á la eleccion de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que por desgracia no te será muy necesario.

El altanero duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

II.

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelion contra Tolga, los capitanes fieles al joven monarca persiguieron tan hábil y noestantemente á los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar á la empresa mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase á la sazón Recesvinto de orden de su padre en los confines de la Celtiberia, y habiendo pasado á vista de Opta disfrazado y solo, sin entrar en la poblacion, receloso de ser conocido, tomó una senda que guisaba hácia unos valles situados á cinco ó seis millas de la ciudad y al oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Quindavinto encargo para moverse. La espesura y soledad de aquellos valles y lo que se contaba en particular de uno, le hicieron creer que no podría ofrecerse mas acomodado asilo para un rey de Estado. Subiendo pues y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin á una poblada de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino: desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodo á cada lado, continuaba luego, ya con mas, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas cortadas á cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unían en medio del llano: el uno bajaba de los cerros del Sur, el otro nacia en la misma pradera, y ambos recogian los muchos manantiales que desde las alturas iban á precipitarse en el fondo de la vega. Cervos escarpados y á trechos vestidos de impenetrable maleza defendian por dó quier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro; y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habían rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas cuyos vástagos nunca encantados por el hierro, habían adquirido, una elevacion y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo impedían la entrada al mas temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los ríscos de las laderas, encontrando mil obstáculos á su curso en las desigualdades del terreno, ultrabábase invisibles por él y formaban abajo estensos tremedales ó charcos cubiertos de bellissimo y engañoso verde, praderas vadantes donde se sepultaba el incauto que ponía el pie en su movable superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base, y árboles corpulentos que desarraigados por el curso faccesante de las aguas, habían caído en ellas, y elevando en el fangoso suelo sus ramos, se habían convertido en raíces allí, y habían producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer á la planta humana, la hermosura de la porcion de vega que podia descubrirse desde uno á otro punto; y la noticia de que en lo mas intrincado de su seno habilitaban criaturas felicísimas, apenas de cuando pasaba en el mun-

do, habían dado ocasion á que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de *Plato del Paraiso* (1).

(Continuará.)

JOAN EUGENIO HARTZENBÜSCH.

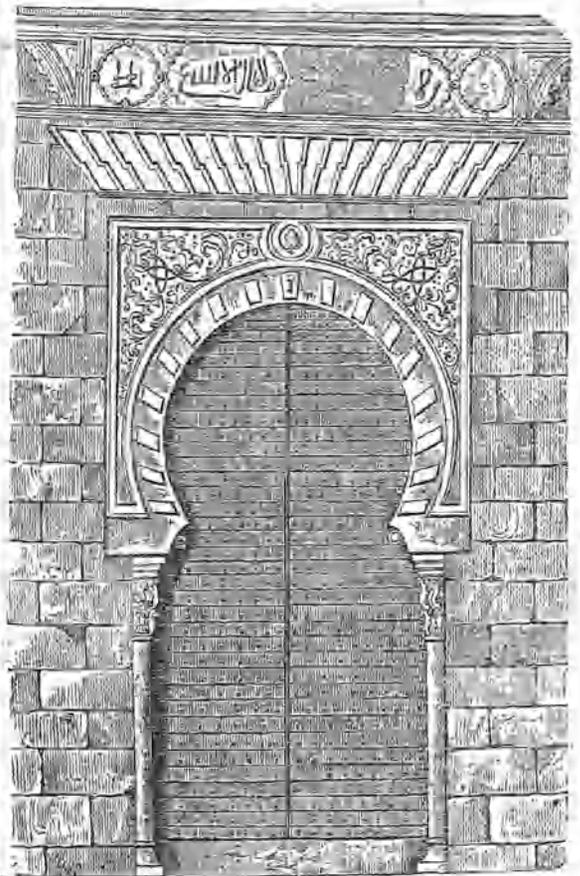
SENTENCIAS Y MAXIMAS.

Somos los dueños de la tierra, pero tal vez un seremos sino los siervos de seres gigantescos que nos sean desconocidos. La musca que aplastamos con el mas leve esfuerzo de uno de nuestros dedos, no conocé al hombre ni tiene el convencimiento de su superioridad sobre ella hasta que sufre sus efectos. Lo mismo puede acontecernos á nosotros: podemos estar rodeados de seres dotados de la facultad de pensar que nos sean invisibles, y por consiguiente desconocidos. Sabemos muy poco, y sin embargo tengo la conviccion de que sabemos lo suficiente para esperar la inmortalidad, pero entiendo la inmortalidad siendo individual de la mejor de las partes que me constituyen.

Hay libros que es menester probar solamente, otros que se deben devorar, y otros tambien, aunque en menor número, que es preciso masticar y digerir. La lectura de la historia hace á un hombre mas prudente, la poesía le hace ser mas despegado, las matemáticas mas penetrante, la filosofía natural mas profundo, la moral mas serio y reflexivo, la retórica mas contenido y mas fuerte en las discusiones. En una palabra, los estudios se convierten en costumbres.

RESERVA EN LA OPINION.

Un abate célebre decía que nunca se debía sostener que se tenia razon, sino decir: — «Esta es mi opinion por ahora.»



Granada. — Puerta principal de la fortaleza de la Alhambra.

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces, por lo que hoy en día ya no es el mismo.